

*Adolescencia: país de nubes*

Octavio Paz

¿Quién? Un impreciso rostro  
embotado por la epifanía del deseo:  
lentos brotes de orquídeas parásitas  
sombreado el litoral de los labios.  
Y el anhelo creciendo como cual vegetal.  
En las terrazas abiertas a la ciudad pulsátil  
las leves plantas de las muchachas despertaban  
otra aurora: bailando. Giros, roces . . .  
Ascendíamos los escalones de la música  
en búsqueda de la percepción reconciliada.  
¡Qué cuerpos como ramas!  
Obstinaciones al ritmo bullente  
que zarandeó a mi generación.  
Entretanto engullíamos veneno  
a sorbos: . . . También quisimos el bien .  
Cundía la hinchazón del deseo postergado  
en la noche ávida del insomnio adolescente:  
élitros de vaho, incubos súbitos,  
manipulaciones fulmíneas y culpables;  
lecturas que estrellaban la mirada  
o regueros de pólvora los cuerpos.  
. . . Acorralada marinería de labios.  
Y alguna tarde, bajo la sombra verde ámbar  
de los fresnos del parque  
(recuerdo un par de ojillos acechando en el seto)  
el esplendor de las exploraciones unánimes.  
Balbuceo . . . zafia sucesión de sensaciones  
inéditas y atónitas.  
¿Permutaciones? Hubo: inquietud picada de astros.  
¡Las manos se fugaban tras los ojos  
de todas las miradas tras el tacto!  
Un día para siempre tu estandarte y divisa:  
el ardor de la yacija y su vértigo ciego,  
el sitio de la herida inapresable.  
Horas de sueños febriles, de fiestas inanes;  
la luna ocre meciéndose en el aire,  
el ansia velocísima, las ropas  
mojadas de rocío  
Pasar aquellas noches . . .  
Niños estúpidos en autos excesivos,  
frecuentábamos la devoción de la metáfora  
y el equívoco hábito del burdel.  
Oscilábamos entre el miedo y la exaltación.  
Palabras y hechos que querían decir: escarnio.  
Trizadero de mañanas y noches  
fermentando en el filo de las sienas

como diademas de metal estricto.  
Bastaba con burlarnos de ello.

¿Sí?

¡Cuánto orgullo, jactancia!  
Desconocíamos la introspección.  
(Y lo más importante: compartíamos el riesgo,  
esa exhuberante forma del idealismo.  
Saltar en pedazos . . .).  
En los pasillos de la escuela deambulaban  
con los ojos brillantes,  
en vilo por el ímpetu fiel de su entusiasmo,  
los primeros emisarios de la *Conmoción*,  
los pioneros de la propaganda.  
Entonces era delicioso creer.  
Paraísos, oasis, campamentos de nubes  
ondeando en el estuario de la luz.  
Los rápidos delfines de la droga:  
oquedades e incendios.  
La ablución de pastillas monstruosas  
o acres cigarrillos liados a medias . . . ¡Volutas . . . !  
Cayendo espesamente estupefactos  
desde los confines de la risa irreprimible,  
todo nos aturdía, salvo la realidad,  
sí, que era insoportable.

Y de pronto

el *M A Z A Z O* del p-á-n-i-c-o,

el horror y sus anillos de serpiente  
entre las ruinas;  
la defección bajo un cielo ominoso  
convulsionado por banderas crueles  
(más tarde aprendimos que el sueño había concluído).  
Nos queda no poco de aquella calcinación:  
bajo distinta luz, en belfos de otro dulzor,  
persiste aún su privanza de metas,  
la apetencia de un suelo sin temor y sin prisa  
Si el contagio no te hubiera atrapado . . .  
Como una fotografía caída en el fuego  
se crispa, bruscamente ya, y se inflama,  
los hechos, los días, las imágenes,  
el lenguaje, el amor que echa raíces,  
las súbitas presencias —vueltas humo—  
de entonces, se prenden bajo el peso del pasado,  
pavesas de la hoguera de otros días,  
y acometen el alma.

Antes que la sombra lejana caiga  
más allá de las frondas altas contra el crepúsculo,  
como un pájaro ígneo picotea  
el fruto del gran árbol de la vida  
quiero aún disfrutar de la larga vehemencia ágata:  
asisto a las últimas raciones de un festín  
por cuyos restos crispados sin duda  
preguntará el futuro.

Alguna vez supimos de aquella condición.

Su aliento nos ha consumido *sin delicia*.